

bienaventurados que pueblan las mansiones de la gloria intervienen sin duda en la suerte de los hombres, ayudándoles á recorrer sin tropiezo el camino de su felicidad. *Omnes sancti et sancte Dei, intercedite pro nobis*, exclama la Iglesia—«¡Oh santos y santas de Dios, interceded por nosotros!» Y nosotros, los hijos de la Iglesia, invocamos el auxilio de los santos con tanta y mayor confianza que imploramos el auxilio de los hombres que pueden y quieren darnos la mano en nuestras dificultades.

II. Pero hay otra razón que nos persuade y mueve poderosamente á valernos de la intercesión de los santos, y es la propia gloria con que Dios los corona y recompensa. Nosotros creemos razonablemente que hacer el bien es una dicha, una gran parte de la felicidad no sólo de los viadores sino también de los bienaventurados comprensos, y de éstos con mayor razón porque están en la mansión de la dicha, participando de la misma felicidad de Dios, de quien es hacer bienes á manos llenas. Y tratándose especialmente de corazones tan nobles, de almas tan caritativas como la gloriosa Santa Eduvigis, ¿cómo dudar de que su felicidad no estaría completa, si no fuese, desde el cielo, dueña de derramar los tesoros de su bondad sobre los pobres y afligidos? Y ¿no lo prueban así con irresistible evidencia los innumerables favores dispensados, aun con virtud milagrosa, por nuestra Santa á sus devotos? ¡Qué de milagros no se obraron á la vista del féretro y antes de colocar el sagrado cadáver en el sepulcro! El mismo Pontífice Clemente IV que la elevó á los altares fué testigo de una curación milagrosa, la de una niña ciega, á quien la Santa restituyó la vista repentinamente. Dadle, pues, ¡oh afligidos devotos de Santa Eduvigis! ocasión favorable de acrecentar su gloria accidental, deponiendo á sus reales plantas vuestras angustias y necesidades, con tanta mayor confianza cuanto fueren más apremiantes y difíciles de hallar remedio en

lo humano. *Date ei de fructu manuum suarum*, os diré con el Sabio—«Dejad que goce del fruto de sus manos, que son sus beneficios»; *et laudent eam in portis opera eius*—«y que sus obras admirables proclamen por doquiera la grandeza de sus merecimientos.»¹ Y sobre todo, que el Señor nos conceda por la intercesión de su sierva despreciar las delicias perecederas del mundo, y abrazados á la cruz de Jesucristo, ascender á la mansión de la dicha verdadera, al reino de la bienaventuranza. Así sea.

De Santa Teresa de Jesús, Virgen.

(Predicado en Colombia, 1894.)

Vita vestra est abscondita cum Christo in Deo.

Col. 3, 3.

Vivo sin vivir en mí.

Santa Teresa.

1. No sin viva satisfacción de mi alma, aunque mezclada de temor y desaliento, me atrevo, Reverendas Madres, á dirigiros la palabra desde esta cátedra sagrada en la solemne festividad de vuestra ilustre Madre y Fundadora, Santa Teresa de Jesús. Demasiado sé que el nombre de esta mujer extraordinaria, verdadero prodigio de su sexo, llena el mundo de la fe y también el de la ciencia y de la literatura; que ella ocupa un lugar preeminente en el templo de la historia y que es objeto de universal simpatía y admiración, no sólo para nosotros los que nos honramos con llamarla nuestra por la religión y por la raza, sino también para los extraños, para los que sólo la miran desde el punto de vista natural y humano. Sé también que se han pronunciado en su alabanza cien discursos elocuentísimos, brillantes, por la voz de innumerables oradores sagrados y aun profanos, no sólo en la lengua de Cervantes

¹ Prov. 31, 31.

sino en todas las lenguas de los países cultos, concurriendo en magnífico certamen todos los ingenios á tejerle una corona de gloria incomparable, cual quizás no se haya tejido á otra mujer alguna fuera de la Virgen Madre. Y me he dicho con sinceridad y cierto desaliento: ¿Quién soy yo para añadir una flor siquiera á esa corona de alabanzas que ciñe las gloriosas sienes de la Virgen de Ávila? Guárdeme Dios de pretender tomar parte en un certamen á que no tengo ningún derecho para concurrir; séame sin embargo permitido deponer al pie de esta ilustre heroína, de esta esposa inmaculada del Cordero, una pobre y ajada flor, la de mi antigua y acendrada devoción. Ella me da osadía para discurrir por algunos momentos, y eso superficialmente, pues no tengo caudal para más, sobre el carácter de la santidad de la que aquí considero no como la doctora de las academias sabias, sino como la *Doctora mística* de la Iglesia católica. Temo, á la verdad, deslustrar tan bello asunto, pero confiado primero en la gracia de Dios que se complace en la glorificación de su Esposa, y luego en vuestra caritativa indulgencia que mirará, á través de la desgrenada forma, el fondo brillantísimo de la santidad de su Madre para edificarse y ensalzarla, propóngome presentaros á Teresa como el modelo acabado de aquel grande y sublime misticismo que, si los necios é ignorantes desprecian y escarnecen, los sabios é ilustrados pensadores de todas las escuelas admiran y enaltecen como la última etapa de la humana perfección en esta mortal y miserable vida.

2. En efecto, Reverendas Madres y hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, el misticismo, quinta esencia, por decirlo así, del espíritu cristiano, sólo es posible para el alma en el estado de la perfección. Pero ¿qué es, en definitiva, el misticismo? Vosotros lo sabéis mejor que yo, almas avezadas á correr por esos caminos de santidad extraordinarios. Á mí me bastará decir, para la inteligencia

del común de los fieles, que es la vida de unión íntima con Dios, la vida escondida con Cristo, de que habla el Apóstol á los fieles de Colosos, la vida con apariencias de muerte que expresaba la mística Doctora cuando decía: «Vivo sin vivir en mí; muero porque no muero.» Me bastará recordaros las dos formas de la vida unitiva de que hablan los autores, activa y pasiva: ésta es propiamente el ápice del misticismo ó vida mística, más del cielo que de esta baja tierra. De ella decía el Apóstol: *Nostra conversatio in caelis est*¹. Vida de anonadamiento en Cristo, tal fué la de Santa Teresa, quien no sólo tuvo el don de enseñarla sino también el mérito de practicarla.

Veréis, enefecto, cómo nuestra santa Virgen aniquila primero su poderosa vitalidad intelectual, en la contemplación; segundo, su ardorosa afectividad, en el amor de Dios; y tercero, su prodigiosa energía, en la sumisión de su voluntad á la divina. Así vive sin vivir en sí. Imploremos las luces del Espíritu Santo por intercesión de María. *Ave María*.

I.

3. Tendría que empezar, carísimos hermanos, por ponerlos delante la poderosa intelectualidad de Santa Teresa, si la alteza de su ingenio, lo mismo que la extensión y profundidad de su doctrina no fuese de todo el mundo conocida y admirada. Por lo demás bastaría para formarse de ella un elevadísimo concepto la más ligera inspección de sus múltiples y variados escritos. Sólo sus cartas, en número de más de trescientas, dirigidas á toda clase de personas, aunque otra cosa no le debiéramos, harían á Teresa acreedora á la gratitud universal del orbe cristiano y del mundo literario. Creo inútil detenerme á hacer el recuento de sus obras, también por todas conocidas, traducidas á todas

¹ Phil. 3, 20.

las lenguas modernas, y estimadas, al par de las mejores, por los sabios no menos que por el pueblo cristiano. De su autobiografía se ha dicho por pluma autorizada que después de las Confesiones de San Agustín no hay nada más grande ni más excelente en este género, pudiendo llamarse á Teresa por este motivo «el Agustín del sexo femenino». ¿Qué más pudiera decirse para dar una idea adecuada de la agudeza de entendimiento de nuestra escritora, que compararla en algún modo con el sol de los ingenios, el portentoso San Agustín? En la obra intitulada: *Modo de visitar los conventos* revela además las altas dotes de consejo, prudencia y gobierno de que estaba enriquecida la magnánima reformadora del Carmelo. Por lo que hace á sus demás escritos, prescindiendo de lo que en ellos hay de sobrenatural, ¿quién no admira lo encantador de la forma de aquel estilo propio y original, lo mismo que el lenguaje que maneja con la maestría de los grandes escritores de la lengua? Pero en cuanto al fondo de esos admirables libros, ¡cuánta sabiduría! ¡cuánta variedad de materias! Según el eminente filósofo y virtuoso presbítero Don Jaime Balmes, Santa Teresa no es sólo la gran Doctora de la teología mística, sino la gran maestra de la filosofía verdaderamente cristiana. Y en este juicio ya habían precedido al filósofo español los que opinaron que la doctrina de la Santa no es sólo teológica sino profundamente psicológica y moral. «Se la puede aparear», dice el historiador Darras, «con Descartes y Bacon, á quienes, por otra parte es muy superior.» El filósofo protestante Leibnitz le profesa alta estimación. Y, lo que vale más que todas las autoridades humanas, la Iglesia católica la cuenta en el número de sus Doctores. De las inagotables fuentes de sus obras han bebido innumerables discípulos que á su vez fueron insignes maestros.

4. Mas no se crea que en las maravillosas obras de la Santa, ó digamos, en su carrera intelectual, brillan en primera

línea los arranques de una potente fuerza de intuición ó de razonamiento, como ni los esfuerzos del arte en su dicción. Lo que allí brilla de lleno es la sabiduría del cielo, es la luz de lo alto: su doctrina, como afirma la Iglesia, es celestial. Ella pudiera decir como el Apóstol de las gentes: «No aprendí de ningún maestro, ni recibí esta doctrina de algún hombre, sino por revelación de Jesucristo»¹, y aun como el mismo Salvador: *Mea doctrina non est mea*². Lo que Teresa escribe por obediencia ó celo de la salvación de las almas, no es á modo de tratado didáctico de materias espirituales, como las obras de los teólogos, moralistas y doctores ascéticos, sino una exposición, lo más fiel que le es posible, de lo que ha aprendido en el trato íntimo con Dios, una revelación de las mercedes con que el Señor la ha favorecido y de las luces sobrenaturales que ha adquirido en la escuela de la propia experiencia. Por eso se ha dicho de una de sus obras, *Las Moradas*,—y pudiera decirse de todas las demás con cierta proporción,—que en su redacción no puso Teresa más que la mano y la pluma; todo lo demás es de Dios, hasta la forma y el título. Cuando escribía este sublime tratado, dice Fray Diego de Yepes, el rostro de la Santa se inflamaba despidiendo rayos de luz, viéndosela estática con la pluma en la mano por espacio de una hora. Muchas veces, estando escribiendo estos libros, dice otro historiador³, se quedaba en arrobamiento, y cuando volvía de él hallaba algunas cosas escritas de su letra, pero no por su mano. ¿No me autoriza todo esto, hermanos carísimos, para asegurar que la intelectualidad de Teresa, aunque tan vigorosa, desaparece y se pierde en la luz de la contemplación? ¡Oh, pero qué pérdida tan ventajosa! ¿Qué es la luz de la más despejada inteligencia humana comparada con la que directamente viene del rostro

¹ Gal. 1, 12.

² Io. 7, 16.

³ Rivadeneyra.

de la Divinidad? *In lumine tuo videbimus lumen*, decía el Profeta¹, y esto no sólo en la gloria de los bienaventurados, sino también en la alborada de la visión beatífica, en las comunicaciones inefables del Criador con sus criaturas escogidas. De ahí depende la oscuridad de estas sublimes doctrinas para los profanos, ó sea, para los no favorecidos con luces especiales para penetrarlas, y de ahí también la dificultad de explicarlas en lenguaje humano, experimentada por los mismos á quienes se revelan. Éstas son aquellas palabras secretas, *arcana verba*, del Apóstol², que no es dado á lengua de hombre traducir.

5. Pero donde se extingue, por decirlo así, aunque sólo para brillar mejor, la luz intelectual de nuestra mística Doctora, es en las alturas mismas de la contemplación. ¿Quién tendrá alas de águila para seguir á la cándida paloma á través de esas regiones suprasiderales, de esas *moradas* misteriosas por donde se sube á la cima del *castillo del alma*, la perfecta unión con Dios? Mientras no se pasa de las primeras, de los grados inferiores de la oración, el entendimiento parece que ayuda con sus discursos: más arriba será preciso que la voz de la razón no se deje percibir para no estorbar el oído de la voz de Dios. Aquí sólo habla el que sabe hacerlo sin estrépito de razonamientos ni ruido de palabras, el que habla en el silencio profundo de todas las potencias, adormecidas en el sueño místico de la contemplación. ¿No es esto la quietud, no es esto el vuelo, el arrobamiento, la suspensión, el éxtasis? ¿Y no es ésta la vida interior, la vida habitual de Teresa? ¡Ah! ¡qué lejos estamos nosotros, pobres aprendices del arte de orar, de comprender la necesidad de este aniquilamiento misterioso de las mismas potencias intelectuales del alma! Parécenos que todo el secreto de bien orar se cifra en tejer bellos y bien hilados discursos,

¹ Ps. 35, 10.

² 2 Cor. 12, 4.

en ahondar, con la fuerza del talento y las luces de la ciencia humana, en los abismos de la verdad insondable. ¡Cuán fuera de camino andamos! La verdad es que no sólo los sentidos interiores y exteriores deben callar para que el alma goce del dulce sueño de la oración, como la Esposa que decía: *Ego dormio*¹, sino también el entendimiento no menos vocinglero que la lengua.

Y se comprende, hermanos carísimos, que así debe ser. Porque la contemplación es un vuelo del alma que arranca de la fe, y en ésta el entendimiento no tiene más que una función secundaria. La voluntad es el agente principal, y aun el asenso del entendimiento que constituye el acto de creer, es debido á la virtud infusa que asiste y da fuerza al entendimiento del hombre para afirmar lo que no ve, sostenido por la palabra de Dios contra su natural inclinación. Tal es el carácter sobrenatural de la fe divina. No es el resultado del razonamiento, sino el fruto de la virtud del Verbo de Dios que habla dentro de nosotros, es escuchado y creído por una manera de intuición, esto es, de fijeza del ojo del espíritu en la verdad que se descubre allá en los arcanos de la mente. Pues si tal es la fe ordinaria y común al vulgo de los creyentes, decidme: ¿qué deberá de ser la contemplación mística, la elevación del alma hasta quedar absorta en la vista del ser y las perfecciones de Dios? Teresa, á quien le eran casi familiares estos fenómenos sobrenaturales, se explica en estos ó semejantes términos: «En esa oración, que llaman de quietud, es donde el alma recibe las divinas operaciones antes que ella misma obre, donde el entendimiento se ilustra, la razón se transforma, la inteligencia se renueva, la mente huye de sí misma, la afición se embriaga, el alma se harta...» Así sube el alma del desierto de este mundo, «apoyada sobre su Amado» — *innixa super Dilectum suum*².

¹ Cant. 5, 2.

² Ibid. 8, 5.

6. Á esas tinieblas en que parece envuelta y anegada la humana razón, suceden, ó mejor dicho, acompañan claridades magníficas, semejantes al crepúsculo del día de la eternidad. ¿Quién dirá lo que es el éxtasis, la visión intelectual? Es, dicen los Doctores místicos, aquella misteriosa oscuridad más resplandeciente que todas las luces de la humana razón, en la que el alma se hunde toda con altísima luz en la incomprendibilidad de la esencia divina, que conoce tanto mejor cuanto más claramente entiende que no la puede conocer, quedando dentro de ella totalmente absorta y perdida de admiración y asombro¹. Pero díganlo mejor los conceptos altísimos de que están cuajados los libros de nuestra seráfica Doctora, la abundancia y variedad de tesoros de sabiduría divina con que, enriquecida ella misma, enriquece á todos cuantos llegan á beber en los raudales de su magisterio. *Profert de thesauro suo nova et vetera*²; pues, como ha dicho oportunamente un elocuente orador³, «Teresa ha enseñado lo que los demás Doctores y lo que ninguno, á lo menos con más esplendor, con más tino y claridad que todos.» ¡Qué idea nos da en el libro de *Las Moradas*, de aquella omnipotencia cuyos efectos experimenta en sí! ¡Qué pintura nos hace de la inmensidad de la sabiduría y de la misericordia de Dios! Con Agustín habla Teresa de la gracia, con San León Magno explica la Encarnación del Verbo. . . . «Como la luz de la aurora al nacer el sol, brilla rutilante en un cielo sin nubes»⁴, Teresa bebe la luz en su misma fuente cuando, trasportada al cielo, se encontró en medio de los bienaventurados. Bienaventurada ella también, se ve revestida de claridad, y rodeada de gloria. Allí descubre los más altos misterios y las verdades más impenetrables. Pudiera decirse que la luz que la inunda es un rayo de aquel *lumen gloriæ* de los bienaventurados. *O altitudo!*⁵

¹ Álvarez de Paz.² Matth. 13, 52.³ García.⁴ 2 Reg. 23, 4.⁵ Rom. II, 33.

Habéis visto, carísimos hermanos, el aniquilamiento de la poderosa intelectualidad de nuestra mística Doctora; veamos cómo se aniquila también su ardiente afectividad natural en el amor divino, asunto de la segunda parte.

II.

7. No sin razón se detienen los biógrafos á ponderar la singular hermosura corporal de nuestra Santa, á quien como á Esposa que había de ser del Altísimo, no quiso el Señor que le faltase nada de cuanto podía contribuir á hacerla perfecta en alma y cuerpo. En todo su semblante, dicen¹, era tan amable y apacible, que á todas las personas que la miraban agradaba en extremo. De los ojos y frente parecía algunas veces que le salían como rayos de resplandor y luz, que la hacían al mismo tiempo venerable. Mas ¿qué decir de la grandeza de su corazón? Dióle Dios un corazón capaz de amar sin límites. El egoísmo es el límite del amor. El amor de las criaturas, esencialmente limitadas, no puede menos de ser un amor también limitado y mezquino como su objeto. ¿Quién no sabe que el objeto del amor es el que especifica y aquilata este afecto, lo eleva ó lo abate, lo santifica ó lo profana, lo ensancha ó lo estrecha? Tal es la naturaleza del amor que, uniendo, identifica el alma con el bien amado. ¡Desgraciada Teresa, si desde su niñez no hubiese amado á Dios! ¿Qué habría sido de aquel corazón que, como emblema é instrumento de la más encendida caridad, quiso Dios guardar incorrupto hasta nuestros días colocado en precioso relicario sobre el marmóreo altar que guarda el cuerpo virginal? Pero la seráfica Virgen, muerta ya á los veinte años para el mundo y sus vanos atractivos, en la sagrada soledad del Carmelo, muere también á sí misma y á todo afecto de criaturas por el aniquilamiento glorioso de la afectividad

¹ Rivadeneyra.